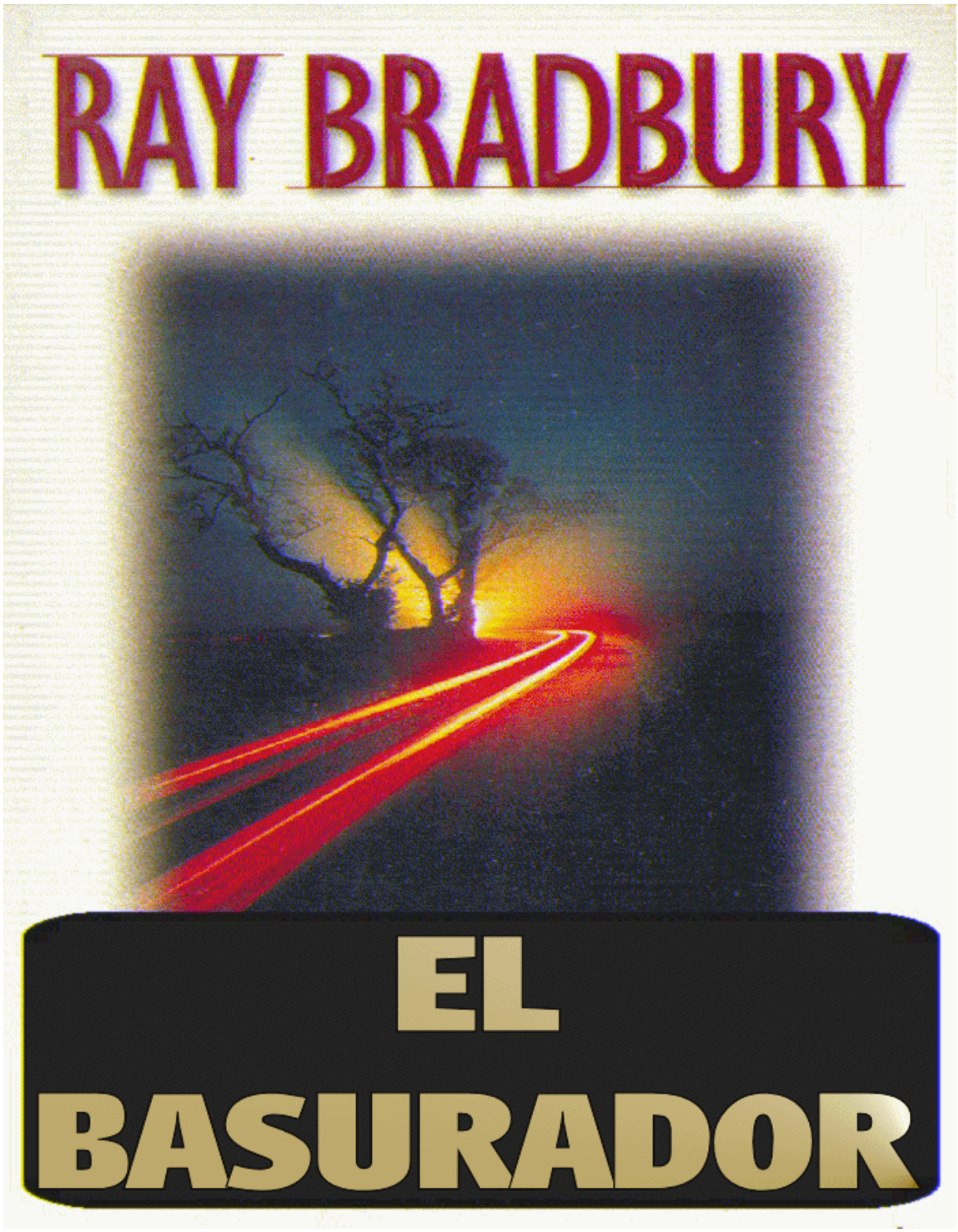
EL BASURADOR
RAY BRADBURY



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

EL CARTERO RECORRÍA LA ACERA DERRITIÉNDOSE BAJO AQUEL caluroso sol estival, con la nariz chorreando sudor y los dedos húmedos apoyados sobre su bolso de cuero atestado de cartas.

-Veamos... La próxima parada es la casa de los Barton. Son tres cartas. Una para Thomas Q, una para su mujer Liddy y otra para la abuela. ¿Todavía vive? ¡Cómo duran algunos, Dios mío!

Deslizó las cartas por el buzón y se quedó petrificado. Un león acababa de lanzar un rugido.

Dio un paso hacia atrás, con los ojos abiertos de asombro.

El mosquitero canturreó al abrirse sobre su tenso resorte.

-Buenos días, Ralph.

-Buenos días, señora Barton. Acabo de oír a su mascota. Lindo leoncito, ¿no?

-¿Qué dices?

-Sí, parece un león. Lo oí en la cocina.

Ella prestó atención.

-¡Ah! Te refieres a eso. Es nuestro Basurador. Supongo que sabes qué es. Es nuestro nuevo artefacto para eliminar los residuos.

-¿Lo compró su marido?

-Sí. Ustedes, los hombres, y las máquinas. Es capaz de comerse cualquier cosa, con huesos y todo.

-Tenga cuidado, entonces. Podría comerla a usted.

-No, no temas. Sé domesticar a las fieras -dijo riéndose y se detuvo a escuchar-. Es cierto, parece que fuera un león.

-Y hambriento. Bueno, hasta la próxima.

Y el muchacho se alejó en el calor de la mañana.

Liddy subió las escaleras corriendo con las cartas en la mano.

-¿Abuela? -Golpeó a la puerta.

-Tienes correspondencia.

La puerta siguió en silencio.

-¿Abuela? ¿Estás ahí?

Después de una larga pausa, una voz de mimbre seco respondió:

-Sí.

-¿Qué estás haciendo?

-No me hagas preguntas si no quieres que te conteste con una mentira -recitó la vieja, desde su escondite.

-Has estado allí toda la mañana.

-Y me quedaré todo el año si es necesario -espetó la abuela.

Liddy intentó abrir la puerta.

-¡La cerraste con llave!

-Así es.

-¿Bajarás a comer, abuela?

-No. Tampoco a cenar. No bajaré hasta que te deshagas de esa maldita máquina que está en la cocina. -Su ojo pedernalino se asomó por el agujero de la cerradura para ver a su nieta.

-¿Te refieres al Basurador? -preguntó Liddy con una sonrisa.

-Escuché al cartero. Tiene razón. No estoy dispuesta a tener un león en mi propia casa. ¡Escucha! Ahí está tu marido usándola.

Abajo, el Basurador rugía mientras se tragaba la basura, con huesos y todo.

-¡Liddy! -gritó su marido-. Liddy, ven aquí. Ven a ver cómo funciona.

Liddy le habló a su abuela por el orificio de la cerradura.

-¿No quieres venir a ver, abuela?

-No.

Detrás de Liddy se oyeron unas pisadas. Al darse vuelta vio a Tom en lo alto de las

escaleras.

-Ven a probarla, Liddy. Tengo un par de huesos que me dio el carnicero. Los mastica de verdad.

Liddy bajó hasta la cocina.

-Es espantoso, pero... ¿por qué no?

Thomas Barton se quedó prolijamente plantado junto a la puerta de la habitación de la abuela y esperó un minuto, sin moverse, con una sonrisa escrupulosa en los labios. Golpeó suavemente, casi con delicadeza.

-¿Abuela? -susurró.

No obtuvo respuesta.

Movió el picaporte lentamente.

-Sé que está ahí, vieja bruja. ¿Lo oye, abuela? Allí abajo. ¿Lo oye? ¿Por qué se encerró? ¿Le pasa algo? ¿Qué puede molestarla en un hermoso día de verano como hoy?

Silencio. Tom se fue al baño.

El corredor quedó vacío. Desde el baño llegaba el sonido del agua que corría. Entonces, la voz de Thomas Barton se alzó alta y resonante en el cuarto azulejado y cantó:

Un, dos tres,
Huelo sangre de origen inglés,
Mujer viva o muerta comeré,
Y sus huesos en pan convertiré...

En la cocina, el león rugía.

La abuela olía a mueble de altillo, a polvo, a limón y parecía una flor marchita. Su mandíbula firme estaba fláccida y sus pálidos ojos dorados echaban chispas mientras permanecía sentada en su silla como un asesino que corta el cálido aire del mediodía al mecerse hacia adelante y hacia atrás. Oyó la canción de Thomas Barton.

Su corazón se endureció como un cristal de hielo.

Había oído a su nieto político abrir el paquete aquella mañana, un chico que acababa de recibir un malicioso juguete navideño. El furioso crujido, el desgarrar del envoltorio, el grito de triunfo, el ansioso manipuleo de sus dedos sobre aquella máquina dentada... Se había topado con los ojos amarillos de águila de la abuela en el recibidor y le había hecho un guiño cargado de poder. ¡Bang! La abuela se encerró en su dormitorio.

La abuela se pasó temblando toda la mañana en su cuarto.

Liddy volvió a llamar a la puerta, preocupada por la hora de su almuerzo, pero fue recibida con un violento rechazo.

Avanzaba la sofocante tarde y el Basurador revivía gloriosamente bajo la pileta de la cocina. Se alimentaba, comía, molía, emitía ruidos con su boca hambrienta y sus malvados dientes ocultos. Giraba y lanzaba quejidos. Deglutía costillas de cerdo, granos de café, cáscaras de huevo, muslos de aves. Tenía un hambre antiguo que, si no era saciado, se mantenía a la espera, agazapado, con sus vísceras metálicas como hélices capaces de desgranar objetos con el filo de una navaja y el destello de la avidez.

Liddy le llevó la cena en una bandeja.

-Pásala por debajo de la puerta -le gritó la abuela.

-¡Por Dios! Abre la puerta al menos lo necesario para poder pasártela -dijo Liddy.

-Mira por encima de tu hombro y asegúrate de que no haya nadie en el corredor.

-No hay nadie.

-¡Ahora!

La puerta se abrió y la mitad de los granos de maíz se desparramaron cuando la abuela tomó violentamente la bandeja. Luego, sacó a Liddy de un empujón y volvió a cerrar la puerta.

-Por un pelo -exclamó, mientras apoyaba la mano para frenar la alocada carrera de liebre de su corazón.

-Abuela, ¿qué diablos te picó?

La abuela miró cómo giraba el picaporte.

-No tiene sentido decírtelo porque no me creerías, pequeña. Con todo mi amor les ofrecí mi casa hace un año. Pero Tom y yo siempre nos tuvimos animadversión. Ahora está decidido a que yo desaparezca, pero no lo logrará. No, señor. Sé cuál es su truco. Un día volverás de la tienda y no me encontrarás por ningún lado. Le preguntarás a Tom qué le pasó a la abuela y él, con una dulce sonrisa en los labios, te dirá: "¿La abuela? Acaba de marcharse a Illinois. Empacó sus cosas y se fue." Y no volverás a ver a tu abuela, Liddy. ¿Y sabes por qué? ¿Tienes algún presentimiento?

-Abuela, no digas tonterías. Tom te quiere mucho.

-Lo que verdaderamente quiere es mi casa, mis antigüedades, el dinero que guardo debajo del colchón. Eso es lo que ama de mí. Vete que yo pondré las cosas en su lugar a mi modo. Me quedaré encerrada hasta que se extingan las llamas del infierno.

-¿Qué será de tu canario, abuela?

-Tú te ocuparás de darle de comer a Singing Sam. Compra hamburguesas para Spottie. Es un perro feliz y no puedo dejarlo morir de hambre. Tráeme a Kitten de vez en cuando. No puedo vivir sin ver a mi gato. Ahora, vete. Me meteré en la cama.

La abuela se acostó como un cadáver que prepara su propio ataúd. Plegó sus dedos de cera amarillentos sobre su pecho fruncido, al tiempo que cerraba sus párpados semejantes a un par de polillas. ¿Qué hacer? ¿Qué arma usar contra ese intrincado artilugio mecánico? ¿Recurrir a Liddy? Pero Liddy era tan fresca como el pan recién horneado, su rostro rozagante se excitaba sólo ante los bizcochos de canela y los panecillos esponjosos, siempre olía a levadura y leche tibia. El único homicidio que Liddy podía llegar a considerar era aquel en el que la víctima termina sobre el plato de la cena, con una naranja embutida en la boca y las garras enfundadas en cuero rosado, callando ante las incisiones de un cuchillo. No, era imposible decirle la cruda verdad a Liddy; no haría más que reírse y ponerse a cocinar otra torta.

La abuela dejó escapar un largo suspiro que se perdió en el aire.

La pequeña vena de su cuello de pollo dejó de palpitar. Lo único que se movía en la habitación eran los frágiles bramidos de sus pequeños pulmones, como fantasmas cargados de aprehensión, entre un suspiro y otro.

Abajo, en su cueva de cromo reluciente, el león dormía.

Transcurrió una semana.

La abuela dejaba su guarida sólo para correr hacia el baño. Cuando Thomas Barton encendía el motor del auto, ella salía del dormitorio a rauda velocidad. Sus visitas al baño eran intrépidas y explosivas. Al cabo de un par de minutos, estaba nuevamente tendida en su cama. Algunas mañanas, Thomas se demoraba en ir a su oficina, deliberadamente, y se quedaba erecto como un número uno, matemáticamente prolijo, frente al dormitorio de la abuela, sonriendo con su propia demora.

Una vez, en medio de una noche de verano, ella se escurrió de su dormitorio y bajó a alimentar al "león" con una bolsa llena de tuercas y tornillos. Esperaba que Liddy la pusiera en marcha temprano por la mañana y la máquina muriera atragantada. Se quedó en la cama y oyó los primeros bostezos y movimientos de la pareja, presta a escuchar los aullidos del león que se ahogaba con los tornillos, las arandelas y las tuercas y hasta que por fin aquellas piezas indigeribles le acercaran a sus oídos el último estertor.

Oyó que Thomas bajaba las escaleras.

Media hora más tarde, Tom venía a anunciarle:

-Le traigo un regalo, abuela. Mi león dijo: "No, gracias".

Al asomarse, tiempo después, la abuela encontró las tuercas y los tornillos colocados

prolijamente en fila junto al umbral de su cuarto.

En la mañana del duodécimo día de encierro, la abuela llamó desde el teléfono de su habitación:

-Hola, Tom. ¿Eres tú? ¿Estás trabajando?

-Acaba de llamar a mi oficina. ¿Por qué me lo pregunta?

-Es verdad. -La anciana colgó y bajó en puntillas las escaleras hasta el recibidor.

Liddy alzó la vista, sorprendida.

-¡Abuela!

-¿Quién otra podía ser? ¿Llegó Tom?

-Sabes que está trabajando.

-Sí, claro. -La abuela miró sin parpadear a su alrededor, lamiéndose los dientes de porcelana.

-Lo acabo de llamar. Tarda unos diez minutos en llegar a casa, ¿no?

-A veces, media hora.

-Bien. No puedo estar más en mi dormitorio. Tenía que bajar un rato, verte, estar por acá, respirar. -Sacó un pequeño reloj de oro que guardaba junto a su pecho.

-En diez minutos, vuelvo a subir. Y volveré a llamar a Tom para ver si sigue trabajando. Si todavía está ahí, puedo volver a bajar. -Abrió la puerta del frente y en esa fresca tarde de verano, gritó:

-Spottie, ven aquí. Kitten, ven, pequeño gatito.

Un inmenso perro blanco gimoteó pidiendo que lo dejaran entrar, seguido de un rollizo gato negro que saltó sobre su falda cuando la abuela se sentó.

-¡Mis queridos amigos! -los saludó la abuela, mientras los acariciaba. Permaneció echada hacia atrás, con los ojos cerrados, lista para escuchar el canto de su maravilloso canario en su jaula dorada, que colgaba junto a la ventana del comedor.

Silencio.

La abuela se levantó y se asomó por la puerta del comedor.

No tardó un instante en advertir lo que había ocurrido en la jaula.

Estaba vacía.

-¡Singing Sam no está! -gritó la abuela. Corrió a revisar la jaula vacía.

-¡Desapareció!

La jaula se cayó al piso, en el preciso instante en que Liddy llegó.

-Pensé que estaba demasiado silencioso, pero no sabía por qué. Seguramente dejé la jaula abierta por error...

-¿Estás segura? Ay, Dios mío. ¡Espera!

La abuela cerró los ojos y llegó a duras penas hasta la cocina. Al toparse con el frío de la pileta, abrió los ojos y miró hacia abajo.

El Basurador estaba radiante, silencioso, con la boca abierta. En el borde se alcanzaba a ver una pequeña pluma amarilla.

La abuela abrió la canilla.

El Basurador masticó y tragó en medio de una explosión de ruidos.

Lentamente, la abuela se llevó las manos huesudas a la boca.

Su habitación estaba tan quieta como las aguas de un estanque. La abuela permanecía allí como un árbol silencioso, sabiendo que una vez que se alejara de su sombra, se vería asaltada por el terror de la jungla. Tras la desaparición de Singing Sam, el horror había crecido como un hongo hasta convertirse en histeria. Liddy había tenido que forcejear para alejarla de la pileta de la cocina, donde la abuela intentó acabar con la glotonería de la máquina, provista de un martillo. Luego, la había llevado a la rastra escaleras arriba y le había puesto compresas de hielo sobre el furioso ardor de la frente.

-¡Singing Sam! ¡Mató a Singing Sam! -lloraba y se lamentaba la abuela. Pero luego, el alboroto cesó y recuperó su firme determinación. Volvió a echar a Liddy de su habitación;

ahora se agolpaba en su interior una furia gélida que se sumaba a su pánico y terror. ¡Pensar que Tom había sido capaz de hacerle esto a ella!

La abuela ya no abría la puerta para permitir que le entraran una bandeja. Se hacía dejar la cena en el corredor, sobre una silla ubicada junto a la puerta de su habitación, y ella la retiraba a través del pequeño resquicio que quedaba cuando abría la puerta asegurada con una cadena. Por esa abertura se alcanzaba a ver su mano esquelética que se lanzaba con la rapidez de un pájaro sobre la carne y el maíz, picoteaba bocados y desaparecía entre aleteos para volver a sobrevolar el plato en busca de más.

-Gracias. -Y el pájaro veloz se desvanecía al cerrarse la puerta.

-Seguramente Singing Sam se voló y escapó, abuela -le dijo Liddy desde la tienda, de donde llamó a la habitación de la abuela, porque la anciana se rehusaba a hablar de otra manera.

-¡Buenas noches! -exclamó la abuela y colgó.

Al día siguiente, la abuela llamó nuevamente a Thomas.

-¿Estás ahí, Tom?

-¿En qué otro lugar podría estar?

Y la abuela bajó corriendo las escaleras.

-Ey, Spot, Spottie. ¡Ven aquí! ¡Y tú también, Kitten! No hubo respuesta ni del perro ni del gato.

Ella esperó, sosteniéndose de la puerta, y luego llamó a Liddy.

Liddy llegó.

-Liddy, ve a fijarte en el Basurador -le dijo con voz inerme, apenas audible y sin mirarla-. Levanta la tapa de metal y dime lo que ves.

La abuela oyó los pasos de Liddy que se alejaban. Silencio.

-¿Qué ves? -exclamó la abuela, impaciente y con temor.

Liddy dudó.

-Un trozo de piel blanca...

-¿Qué más?

-Y un trozo de piel negra.

-Basta. No me digas más. Tráeme una aspirina. Liddy obedeció.

-Tú y Tom deben ponerle fin a esto, abuela. Me refiero a este estúpido juego. Le voy a dar un buen reto esta noche. Ya ha dejado de resultarme gracioso. Pensé que si te dejaba en paz dejarías de enloquecerte con la idea del león. Pero ya hace una semana...

-¿Realmente crees que volveremos a ver a Spot o a Kitten? -preguntó la abuela.

-Volverán para la hora de la cena, hambrientos como siempre -replicó Liddy-. Fue muy cruel de parte de Tom poner esa piel en el Basurador. Voy a terminar con esto de una buena vez.

-¿En serio, Liddy? -La abuela subió las escaleras, sonámbula.- ¿En serio, Liddy?

La abuela se pasó la noche urdiendo un plan. Todo esto debía terminar. El gato y el perro no habían regresado a la hora de la cena, a pesar de que Liddy se reía y decía que sí volverían. La abuela tomó una decisión. Era hora de que libraran el duelo final. ¿Destruir la máquina? Pero él no tarda-ría en instalar otra y, antes de que eso sucediera, la llevaría a un manicomio si no dejaba de quejarse y balbucear sus penas. No, era necesario provocar una crisis, a su modo y a su debido tiempo. ¿Pero cómo? A Liddy había que alejarla de la casa mediante algún tipo de ardid. Luego, la abuela debería enfrentar a Thomas, por fin, a solas. Estaba harta de sus sonrisas, desgastada de tanto comer a toda prisa para volver a esconderse, para escurrirse rápidamente por la puerta. No. Saboreó el perfume del viento frío de la medianoche.

-Mañana será un hermoso día para ir de picnic -resolvió

-¡Abuela! -La voz de Liddy se filtró por el agujero de la cerradura.

-Nos vamos. ¿Estás segura de que no quieres venir con nosotros?

-No, querida. Diviértanse. Es una mañana espléndida.

Era un sábado lleno de sol. La abuela, temprano, había llamado al piso de abajo de la casa para sugerir que salieran con una canasta llena de sándwiches de jamón y encurtidos a disfrutar del verde del bosque. Tom había aceptado de inmediato. ¡Por supuesto! ¡Un picnic! Tom se había reído con regocijo mientras se frotaba las manos.

-¡Adiós, abuela!

El crujido del mimbre de la canasta, el golpe de la puerta, el encendido del motor del auto que se internaba en el maravilloso clima de aquel sábado...

-Muy bien. -La abuela apareció en el living.

-Ahora, es cuestión de tiempo. El va a encontrar la excusa para volver. Me di cuenta por su tono de voz. Estaba demasiado feliz. Va a volver... y solo.

Barrió vigorosamente la casa con una escoba de paja. Sentía que estaba barriendo todos los pedazos de Thomas Barton, limpiando sus huellas para siempre. Todos los fragmentos de tabaco y los periódicos prolijos que había esparcido con su café matinal de Brasil, los hilos de su escrupuloso traje de *tweed, los* pequeños objetos de su oficina... ¡afuera! Era como montar un escenario. Levantaba inmensas sombras verdes para dejar que el verano inundara el ambiente con sus colores brillantes. La casa estaba terriblemente solitaria sin el perro que martillara como una máquina de escribir colocada en el piso de la cocina, sin el gato que maullara acurrucado como un algodoncillo sobre las alfombras de color rosa y sin el canario dorado palpitando en su jaula de oro. El único ruido que se oía ahora era el suave suspiro que la abuela lanzaba mientras su cuerpo afiebrado ardía en el interior de su propia vejez.

En el medio del piso de la cocina dejó caer el contenido de grasa de una sartén.

-¡Qué barbaridad! ¡Mira lo que has hecho! -dijo riéndose-. Ten cuidado. Alguien podría res-balarse y caer. -No lo limpió sino que se sentó en el otro extremo de la cocina.

-Estoy lista -le anunció al silencio.

La luz del Sol se acurrucaba sobre su regazo mientras ella se dedicaba a acunar un pote de chauchas. En la mano sostenía un cuchillo para abrirlas. Sus dedos revolvían las vainas verdes. El tiempo pasaba. La cocina estaba tan silenciosa que oía cómo la heladera canturreaba detrás de su cierre hermético de goma. La abuela, con la sonrisa contenida, se dedicaba a sacar las arvejas de las vainas.

De pronto, la puerta de la cocina se abrió y se cerró sigilosamente.

-Llegó -dijo la abuela al tiempo que soltaba el pote.

-Hola, abuela -saludó Tom.

En el piso, cerca de la mancha de grasa, las arvejas yacían esparcidas como un collar recién roto.

-Volviste -dijo la abuela.

-Sí, volví -dijo Tom-. Liddy está en Glendale. La dejé haciendo compras. Le dije que me había olvidado algo y que la pasaría a buscar en una hora.

Se miraron.

-Me dijeron que se va a ir de viaje, abuela -dijo Tom.

-Es extraño. A mí me contaron eso de ti -contestó la anciana.

-De pronto, usted se marchó sin despedirse -dijo Tom.

-De pronto, empacaste y te marchaste -respondió la abuela.

-No, usted -dijo él.

-No, tú -dijo ella.

Tom dio un paso en dirección a la mancha de grasa.

El agua que se había acumulado en la pileta se agitó con su movimiento. Caía en la garganta del Basurador, que entonces comenzó a emitir un sonido de húmedos ahogos. Tom no advirtió cuando su zapato resbaló en la grasa.

-Tom. -La luz del Sol refulgió en el cuchillo de la abuela.

-¿Qué puedo hacer por ti?

El cartero dejó seis cartas en el buzón de los Barton y escuchó.

-Ahí está el león otra vez -comentó-. Y ahí viene alguien cantando.

Unos pasos se acercaron a la puerta y una voz comenzó a cantar:

Un, dos, tres
Huelo la sangre de origen inglés,
Hombre vivo o muerto comeré,
Y sus huesos en pan convertiré...

La puerta se abrió de par en par.
-¡Buen día! -exclamó la abuela sonriente. En ese preciso instante, el león rugió.